

III

PRIMEROS PASOS

Un resquemor había quedado en el turbio y vacilante espíritu de Diego Velázquez, después de las frases malignas del bufón, y acaso no sólo por ellas; y su inquietud subió de punto al enterarse de las acertadas disposiciones que Cortés adoptaba, y el aire de autoridad que tomaba desde el primer momento. También sobresaltó su envidia notar que se alistaban con Cortés gentes seguras, soldados curtidos en guerrear, y que se formaba á su alrededor aquel núcleo de compañeros que suele secundar á los capitanes insignes.

Entre ellos había paisanos de Cortés,

como Gonzalo de Sandoval, nacido en Medellín, y el hermoso y funesto Pedro de Alvarado, causa del desastre de la Noche triste; y se destacaban, por su fama naciente, Diego de Ordax y el jayán Cristóbal de Olid, que había de morir degollado en público cadalso, en Honduras. De estos cabos de la Armada, Gonzalo de Sandoval es el de más limpia historia, y Alvarado, el más brillante.

Cualquiera de aquellos compañeros de Cortés era hombre de pelo en pecho, bragado y capaz de hazañas épicas.

Dedicóse también Cortés, empeñando su hacienda, allegando recursos como podía, á reunir pólvora, ballestas, escopetas y otros pertrechos; y, aunque alcanzado de dineros, logró á préstamo cuatro mil pesos en oro, y se vistió conforme á la dignidad de que estaba investido, con gorra de plumas y joyel—cosa á que siempre fué dado—, gustándole presentarse bizarramente, no por vanidad, sino por ser psicólogo sutil, que sabe cuánto influye la exterior-

ridad en el prestigio. Y la prueba de que Cortés no veía en las galas un fin, sino un medio, es lo que hizo con las lazadas de oro del nuevo traje de terciopelo que encargó para la expedición. Antes de embarcar, como el hidalgo Alonso Hernández Portocarrero, que quería ir en su compañía, no tuviese con qué comprar caballo, le mercó Cortés una yegua rucia, y dió por ella las galanas lazadas.

Ultimó á toda prisa los demás preparativos, temeroso, con fundamento, del cambio que pudiera sobrevenir en los pensamientos de Velázquez, y cierto, además, de que en las altas empresas la celeridad importa mucho. Echó pregones con tambores y trompetas; compró ricos estandartes; se abasteció de tocino, pan y otras provisiones, y de bujerías para el trueque con los indios; y, ejerciendo una de las disciplinas de los grandes capitanes, empezó á mostrar á sus soldados, dice un cronista, mucho amor, y ellos á tenerle en grande acatamiento.

Así, antes de que los navíos zarpasen, ya Cortés se revistió de la autoridad moral, que supo conservar como pocos jefes, y más que el mismo Gonzalo de Córdoba, al cual es probable que sus soldados, tan frecuentemente amotinados, en alguna ocasión le pusiesen las picas al pecho.

Cuando pasó Cortés á la villa de la Trinidad, Velázquez, que, según la frase de Juan de Castellanos,

«estaba ya arrepiso (arrepentido),
pareciendo negocio peligroso
confiarse de hombre tan brioso»...

resolvió revocar á Cortés los poderes, y volverse atrás en lo convenido.

Cabría suponer lo contrario: que los bríos de Cortés fuesen su mejor recomendación; pero entonces, como ahora, la mediocridad no alarmaba, y el genio sí, y Velázquez era del número de los que prefieren perder empresa por sí mismos, que lograrla enalteciendo á otro.

Cortés, á su vez, estaba alerta. Tenía ganada á los capitanes la voluntad, y todo

dispuesto para no dejarse quitar el Armada. Escribió á Velázquez cariñosamente que “se maravillaba de tal acuerdo”; siguió allegando armas y bastimentos, y alistando operarios, especialmente herreros, que fuesen en los navíos; y, tomadas otras medidas, vencidos no pocos obstáculos y sin dejar de mostrar siempre suma reverencia á Velázquez, puso en práctica el sistema de “se obedece, pero no se cumple”.

Al verle marchar de improviso con sus seis navíos, Velázquez hubo de exclamar: “Pues ¿cómo, compadre? ¿Así os vais? Buena manera es ésa de despediros de mí”; á lo cual Cortés respondió tranquilamente: “Señor, perdóneme vuestra merced, porque estas cosas y las semejantes, antes han de ser hechas que pensadas.”

Merece consignarse este incidente porque da idea exacta del carácter de Cortés y de su certero instinto genial, que le salvó, guiándole sin vacilaciones á la empre-

sa, en la cual, según el mismo poeta Castellanos,

«se señaló por tales cosas,
que se pueden contar por milagrosas».

Y también merece recordarse que hubo, y seguirá habiendo, historiadores lo bastante inocentes para discutir seriamente si hizo bien ó mal Cortés en prescindir de la voluntad de Velázquez, y si al hacerlo estuvo ó no en su derecho; investigación ociosa, á más de un poco sandia...

Ello fué que el 18 de Febrero de 1519 salió, al cabo, la Armada hacia su destino. Para emprender la conquista de un inmenso Imperio llevaba Cortés unos seiscientos españoles, entre soldados y gente de mar; unos doscientos indios de Cuba, y algunas indias para hacer el rancho. Iban también diez y seis caballos—los caballos que tanto ayudaron á la victoria—, y, en todo, once llamados navíos, que alguno era barca ó bergantín sin cubierta; y dando ya á la expedición su sello alto y

memorable, enarboló Cortés el estandarte, con la cruz roja en campo blanco y azul, y la inscripción latina que significaba: "Sigamos la Cruz, y con fe y esa señal, venceremos." Corrían los primeros días de Febrero de 1519, y Cortés andaba en los treinta y tres años.

Bajo la dirección del piloto Alaminos navegaron hasta Cozumel, donde rescataron á un español, el diácono Jerónimo de Aguilar, hecho esclavo en un naufragio. Desde Cozumel fué la Armada á costear la península de Yucatán, internándose en el país por el río de Chiapa, en la provincia de Tabasco, con las pequeñas embarcaciones. Ya allí les salieron al paso los indios, con dardos y flechas; y apoderados los españoles, no sin trabajo, de un poblado, en él se hicieron fuertes. El 25 de Marzo, habiéndose organizado en nutrido ejército los indios de Tabasco, acometieron á los españoles en las llanuras de Centla, y fué esta batalla campal la primera donde se vió el prodigio del triunfo contra fuerzas

tan superiores. Las narraciones dicen que murieron más de ochocientos tabasqueños, y un solo español. En recuerdo de esta página fundaron allí una pequeña ciudad, con el nombre y advocación de la Virgen de la Victoria. Cortés fué siempre tan dado á fundar como á combatir.

Ganador en aquella primera jornada, tomó posesión del país, en nombre del César Carlos V, con caballescra ceremonia: embrazó la rodela, desenvainó la espada, y dando con ella tres golpes en el tronco de una ceiba, que se alzaba en la plaza de la villa, declaró que si alguien á aquella toma de posesión se opusiese, estaba pronto á defenderla con el acero. Así, desde los primeros pasos en tierra mexicana, Cortés señaló su intento con el signo de la Conquista, tan distinto del vulgar "rescate", del trueque de chucherías y sargas de vidrio por oro, objeto común de la *aventura*. Empezó también Cortés á poner en práctica su sistema conciliador, tratando benignamente, después del escar-

miento, á los indios, y captándose la voluntad de sus caciques, para lo cual le sirvió de intérprete Jerónimo de Aguilar, tantos años prisionero en Cozumel, y conocedor de la lengua maya, hablada en la península de Yucatán.

Intimidados ó convencidos, los caciques se sometieron; no se opusieron á que se enseñase el Cristianismo, y ofrecieron á Cortés presentes en oro y ropas, con otro de incalculable precio, que fueron veinte mozas esclavas, entre las cuales iba la después famosa doña Marina, conocida entre los mexicanos por Malintzin ó Malinche, y de la cual se afirma que era hermosa.

Al decir hermosa, ha de entenderse que la hermosura de las indias es relativa á su raza, y no pueden ser tipos de griega perfección. Las razas azteca y maya, sin embargo, tienen rasgos nobles é inteligentes. Pero no por la belleza de una esclava fué incalculable el precio del regalo, sino porque la estrella de Cortés, al enviarle á la Malinche, le deparó el más eficaz auxiliar.

La Malinche tenía una historia novelesca. Hija de un poderoso cacique, y caciquesa por hereditario derecho, su madre, queriendo favorecer á un hijo de segundo matrimonio, la dió por muerta y la vendió á unos mercaderes ambulantes de Xicalanco; éstos se la vendieron al cacique de Tabasco, el cual la regaló á los españoles.

Como desde el primer momento trataron los españoles de evangelizar y propagar el Cristianismo en las regiones conquistadas, fué bautizada la Malinche (forma mexicana de su cristiano nombre de doña Marina). Hay historiadores que encarecen su belleza; y un poeta la describió así:

«Reina parece de la indiana zona,
varonil y hermosísima amazona.»

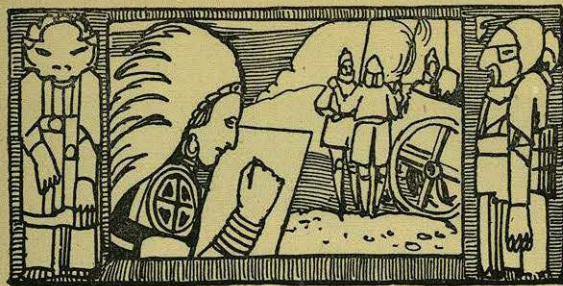
Esto de la beldad será cierto; pero lo más seguro es el vivo y despejado ingenio, la bondad y generosidad natural, la lealtad á Cortés y á los españoles, que demostró doña Marina. Ya veremos cómo en crítica ocasión fueron por ella salvados. A Cortés

la unieron lazos de amor, y hubo en ella un hijo, el desdichado don Martín Cortés, Comendador del Hábito de Santiago.

Conviene, sin embargo, para no perderse en los dominios de la fantasía, no dar á este episodio un carácter idealista, moderno y quintaesenciado, que disonaría en el siglo xvi. Nació el amor de Cortés y doña Marina al influjo de las circunstancias y de la necesidad, por decirlo así. La realidad de tal historia la expresa en su lenguaje crudo de soldado el cronista Bernal Díaz del Castillo, testigo ocular y partícipe de la epopeya. Este nos dice que, cuando Cortés repartió las esclavas, dando á cada capitán la suya, doña Marina, “como era de buen parecer y entremetida y desenvuelta”, correspondió á don Alonso Hernández Portocarrero, “que era muy buen caballero, primo del Conde de Medellín” y el mismo á quien Cortés mercó la yegua rucia con el valor de sus lazadas de oro. Al regresar á Castilla el Portocarrero con una comisión importante, doña

Marina perteneció á Cortés, el cual vió en aquella mujer singulares disposiciones y lo útil del conocimiento del idioma mexicano, que ignoraba Aguilar; sucediendo que en el campamento la llamaban *la Lengua*. Y ejerciendo sobre doña Marina el ascendiente que sobre tantos, Cortés se la adhirió como compañera y amiga incondicional en su cariño.

Siempre la otorgó honores y distinciones muy altas, y la sentó á su lado, pero manteniéndola en su lugar, no sumiso á ella con baja sumisión, como Marco Antonio á Cleopatra: que no era para la índole de hombre tan entero, tan por encima de las decadencias, ser guiado por favoritas. Y, lejos de imitar al mismo Marco Antonio, que aceptó, por complacer á su amada, los dioses del Egipto, y se vistió como ellos, fué doña Marina la que, siguiendo la fe de su señor y conquistador, encabezó la serie de las mujeres cristianas en el Imperio mexicana.



IV

LAS NAVES DE CORTÉS

Fué también Portocarrero, el de las lazadas de oro, quien, al costear la pequeña Armada las playas del Golfo de México, mostró á Cortés la Isla de los Sacrificios, donde se veían vestigios del cruento rito y del atroz banquete que solía seguir á la ceremonia religiosa. Y, como en zumba, endilgó á Cortés un trozo de romance:

«Cata Francia, Montesinos;
cata París la ciudade;
cata las aguas del Duero
do van á dar la mare»,

añadiendo algo sobre las dificultades de la empresa; á lo cual repuso Cortés: